

Entre Ranke y Merlín. El bretonismo político y su historiografía romántico-positivista

Between Ranke and Merlin. The Political Bretonism and its Romantic-Positivist Historiography

José Antonio Rubio Caballero
Universidad de Extremadura. España
jrubicab@unex.es

Abstract

This article examines the so-called Bretonism, a cultural and political movement fuelled by Romanticism, Positivism and Proto-Nationalism. Emerged in the second half of the nineteenth century, Bretonism took the shape of an historical school devoted to justifying, through of the study of the past, the main elements of its own devotees' political opinions, namely ideological conservatism, distrust of the liberal-democratic system, and, above all, a national narrative over Brittany, which are to be represented as an ethnic community culturally different from the rest.

Key Words

Nationalism, regionalism, Brittany, positivism.

Resumen

Este artículo examina el llamado "Bretonismo", un movimiento político y cultural alimentado por el Romanticismo, el positivismo y el protonacionalismo. Surgido en la segunda mitad del siglo XIX, el Bretonismo tomó la forma de una escuela historiográfica consagrada a justificar, mediante el estudio del pasado, los principales elementos políticos de sus cultivadores, es decir, conservadurismo ideológico, recelos hacia el sistema liberal-democrático, y por encima de todo, un relato "nacional" sobre Bretaña, que pasará a ser presentada como una comunidad étnica culturalmente diferenciada de todas las demás.

Palabras clave

Nacionalismo, Bretaña, positivismo, romanticismo.

Como en otros muchos rincones de Europa a lo largo del siglo XIX, en la región francesa de Bretaña se forjó un movimiento de reivindicación política e identitaria que ha sido convencionalmente denominado *Emsav* – “renacimiento” en bretón, la lengua local. Como todo movimiento de su índole, el *Emsav* se configuró desde mediados del siglo XIX como una reacción de profilaxis identitaria cuyo objetivo era el preservar una cultura que determinados sectores sociales veían abocada a la extinción y cuya desaparición juzgaban injusta. Dentro del *Emsav* ha quedado encuadrado todo un florilegio de ideologías y familias políticas cuyas reivindicaciones han oscilado históricamente – desde sus orígenes decimonónicos hasta el presente – entre un discreto regionalismo y un nacionalismo rayano en el soberanismo o el independentismo.

Ciertamente, la existencia en Bretaña de un conjunto de elementos geográficos, históricos y etno-culturales más o menos objetivos y distintivos, allanó el terreno para la aparición de movimientos políticos articulados, precisamente, en torno a la reivindicación particularista. Ahora bien, está igualmente contrastado que la existencia de factores diferenciales es, como mucho, un factor coadyuvante o facilitador, pero no determinante para la eclosión del regionalismo o del nacionalismo. En el caso de Bretaña, ha quedado suficientemente de manifiesto que más que la existencia “objetiva” de rasgos étnicos privativos, la reivindicación regionalista nació como correlato del rechazo que determinadas capas sociales de la región expresaron contra los grandes procesos de homogeneización e industrialización del siglo XIX. En efecto, la centralización política y la uniformización cultural derivadas del proceso de *nation building* francés¹ iniciado en 1789 se encontraron, desde mediados del siglo XIX, con escollos como el representado por el regionalismo o proto-nacionalismo de Bretaña. Nutrido esencialmente por sectores aristocráticos y clericales, este primer *Emsav* se volcó en la reivindicación de una cierta idea de Bretaña, entendida como una pequeña patria que, en virtud de sus peculiaridades culturales, no podía acabar integrada y confundida en el seno de un Estado francés unitario.

El embrionario *Emsav* no era otra cosa pues que la versión bretona de la gran fase de despertar cultural que en toda Europa señalaba el nacimiento de ulteriores movimientos nacionalistas sin Estado, más o menos estructurados o más menos exitosos.² Literatura, edición o historiografía canalizarían ese discurso proto-nacionalista, cuyos artífices se iban a organizar en torno a una nebulosa de sociedades y cenáculos intelectuales. Por su parte, una Iglesia católica local ya desde la Revolución alineada con la *chouannerie* y el monarquismo, también iba a colaborar desde su amplia parcela de influencia por difundir el imaginario regionalista. Nostalgias y rechazos alimentaron el pensamiento “bretonista”, vertebrado por las prevenciones antiliberales y las querencias antiguo-regimentales, los recelos ante la industrialización y la pasión ruralista, la desconfianza hacia la lengua

¹ Sobre los rasgos y el alcance de este proceso son particularmente esclarecedores los trabajos de Eugen Weber, *La fin des terroirs. La modernisation de la France rurale, 1870-1914* (Paris: Fayard, 1976); Suzanne Citron, *Le mythe national. L'histoire de France en question* (Paris: Éditions Ouvrières, 1991); Mona Ozouf, *Composition française. Retour sur une enfance bretonne* (Paris: Gallimard, 2009); y la monumental obra de Pierre Nora sobre los “lugares de memoria” en Francia. Muy en especial: Krzysztof Pomian, “Francs et gaulois”, en Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, vol. 3 (Paris: Gallimard, 1992), pp. 2290-91.

² Miroslav Hroch, *Social preconditions of national revival in Europe: a comparative analyse* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), 23.

francesa y la encomio de la bretona, la reacción contra el centralismo republicano o la reivindicación de los fueros bretones que habían gozado de vigencia hasta 1789.³

Al mismo tiempo, esa escuela bretonista se afanará en ir forjando la cultura bretona – o “recuperándola”, según su propia perspectiva, pues la identidad ya existía previamente. Para ello, los intelectuales irán delimitando su patrimonio y acto seguido tratarán de instituir y de prescribir su culto. Como el resto de las corrientes protonacionalistas que existían en los diversos rincones de Europa, esta intelectualidad bretona iba indicando qué es lo que debía ser legado a las generaciones futuras, quiénes eran los ancestros comunes y parangones de la raza, y cuáles los rasgos que éstos dejaron, es decir, qué era aquello que mejor demostraba la existencia y la perdurabilidad del pueblo reivindicado. Todo consistía en filtrar, seleccionar e inventar una herencia compartida, para lo cual hubo que poner en pie un metafórico pero no menos consistente “taller de experimentación”.⁴ Eso fue la Europa intelectual y romántica del siglo XIX. En el mejor de los casos, quedaban constituidos repertorios identitarios que concedían a las diversas colectividades analizadas la condición de naciones. Cada nación contaba ineludiblemente con una historia capaz de establecer la continuidad entre la comunidad del presente y sus antepasados, una ringlera de héroes que encarnaban el genio nacional y una lengua antiquísima, amén de monumentos, folklore, paisajes y temperamentos privativos y diferenciales.

El desescombro de una cultura que se hallaba en pleno reflujó era entendido por los bretonistas no sólo como un deber moral para con la patria, sino también como un arma más en la pugna ideológica propia del siglo: el pulso que, grosso modo, mantenían tradicionalistas frente a liberal-demócratas. Un conflicto que no se reducía a Francia, sino que antes o después recorrería casi toda Europa. En Bretaña y en otros muchos casos, la defensa del solar regional iba de la mano de toda una reivindicación antiliberal y ruralista.⁵ La Bretaña de este primer *Emsav* es una tierra exaltada, idealizada, erigida como una muralla frente a la modernidad. “Respuesta aristocrática contra la Francia postrevolucionaria, burguesa e irreligiosa”,⁶ el bretonismo no tarda en plantear la maniquea ecuación que equipara dramáticamente al estado francés con la frialdad abstracta de lo universal y lo científico, y a Bretaña con la calidez maternal de la esencia y el espíritu.

³ Citaremos algunos de los estudios más relevantes que han abordado este periodo preparatorio del *Emsav*: Bernard Tanguy, *Le renouveau des études bretonnes au XIX siècle* (Paris: Union Générale d'Éditions, 1977); Michel Lagrée, *Religion et cultures en Bretagne, 1850-1950* (Paris: Fayard, 1992); Francis Favereau, *Bretagne contemporaine. Culture, langue, identité* (Morlaix: Skol Vreizh, 2005); Jean Yves Guiomar, *Le bretonisme: les historiens bretons au XIX siècle* (Rennes: Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne, 1987); Noel Yves Tonnerre (dir.), *Chroniqueurs et historiens de la Bretagne* (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2002); Philippe Le Stum, *Le néo-druidisme en Bretagne: origine, naissance et développement, 1890-1914* (Rennes: Ouest-France, 1998); Yann Le Berre, *La littérature de langue bretonne entre 1790 et 1918* (Morlaix: Ar Skol Vreizh, 1994); y Claude Geslin, *La Bretagne des blancs et des bleus, 1815-1880* (Rennes: Ouest-France, 2003).

⁴ Anne Marie Thiesse, *La création des identités nationales* (Paris: Seuil, 2001), 13. Sobre esta cuestión, véase también Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la tradición* (Madrid: Crítica, 2005).

⁵ Véase por ejemplo, Xosé Manuel Núñez-Seixas, *Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo XX* (Madrid: Síntesis, 1998). Para el caso de los regionalismos franceses, resultan interesantes estudios como: Philippe Martel, “Le Félibrige: un incertain nationalisme linguistique”, *Mots. Les langages du politique*, [vol.] 74 (2004): 45 (43-56).

⁶ Joël Cornette, *Histoire de la Bretagne et des Bretons* (Paris: Seuil, 2008), 289.

La actividad historiográfica ocupó un lugar preferencial en ese conjunto de actividades a las que se libraron los intelectuales bretonistas. No podría ser de otra manera, pues si de lo que se trataba era de conferir a la tierra exaltada una esencia nacional, la tarea de los exhumadores de linaje y pedigrí había de adquirir un carácter no periférico, sino cardinal. El pasado iba a ser por lo tanto el objeto de una particular manipulación política. Muy destacado es el hecho de que esta historiografía bretonista recorra los caminos que poco antes había conseguido abrir la historiografía nacionalista francesa, si bien lo hará en un sentido opuesto. Es decir, tanto los defensores de la unidad francesa como sus detractores recurrirán a procedimientos, a discursos, a técnicas y a narrativas historiográficas similares. Mientras que los primeros se afanaban en levantar, con la ayuda de la narración del pasado, una idea de Francia naturalmente homogénea desde los tiempos más remotos, los segundos buceaban en los tiempos más lejanos para justificar precisamente que Francia no era más que un conglomerado estatal dentro del cual existían pueblos distintos. Y que al menos uno de ellos, el bretón, poseía una identidad suficientemente particular y distintiva como para ser considerado una patria aparte. Las zambullidas en la historia eran imprescindibles para legitimar tales posturas.

Por esta senda caminaron historiadores como Édouard Frain (autor, entre otras obras, de *Mœurs et coutumes des familles bretonnes avant 1789*), Paul Banéat (*Le vieux Rennes*, Rennes, Larcher, 1911), Prosper Lebot (*Histoire de la ville et du port de Brest pendant la terreur*, Brest, 1870), Barthélémy Pocquet o Aurélien de Courson. Pero sobre todo Arthur de la Borderie es quien realizó los principales aportes a la historiografía bretonista, así como una serie de instituciones de carácter erudito y de ámbito provincial: la *Société Archéologique et historique des Côtes-du-nord* (1842-1890), la *Société Archéologique du Finistère* (1845-1860 y reaparecida en 1873), la *Société Polymathique du Morbihan* (fundada en 1826), la *Société d'Émulation des Côtes-du-nord* (fundada en 1861), o, por encima de todas, la *Association Bretonne* (creada en 1843 y suspendida entre 1859 y 1873 por decisión de Napoleón III). En cualquier caso, la descollante figura de Arthur Le Moyne de La Borderie (1827-1901) fue la que indiscutiblemente se convirtió en la personalidad más destacada del conjunto. Este historiador reunió en su trayectoria vital y en su producción intelectual todo el conjunto de rasgos que distinguen al bretonismo decimonónico. Diplomado de la *École de Chartes* (1849-1852), el aristócrata La Borderie se libró a una carrera investigadora que culminaría con cuantiosas publicaciones sobre el pasado de Bretaña. Fue éste el autor que confirió a la historiografía bretonista, en lo metodológico, “el impulso positivista del que hasta entonces carecía, imponiendo el estilo riguroso de la erudición”.⁷ Hecho que no está en contradicción con su concepto de la historia como herramienta catequizadora. Mirando el pasado a través de dicho prisma, este legitimista y católico convencido sentenciaba:

Cada individuo, por muy débil y frágil y caduco y pasajero que sea, es algo más que un grano de polvo. Es un eslabón en una cadena, en la familia, en la tribu, en la provincia, en la raza. Es y se siente solidario no sólo con sus coetáneos, sino con quienes le precedieron y con los que le sucederán. Por esa solidaridad goza del patrimonio común de la raza. El individuo participa de todas las tristezas, de todas las alegrías y glorias de la nación. El sentimiento de

⁷ Michel Denis, “Arthur de la Borderie, ou l’histoire science patriotique”, en Noël-Yves Tonnerre, *Chroniqueurs et historiens de la Bretagne*, 145.

esta solidaridad es el sentimiento nacional, verdadero generador del patriotismo. Cuanto más fuerte es el sentimiento nacional, más vivo es el patriotismo, es decir, más poderoso es el amor hacia la comunidad (...) Pero ese sentimiento de la solidaridad nacional sólo puede nacer y fortalecerse mediante el conocimiento de la nación y de su existencia pasada, de su tradición y de su destino. Se desarrolla en la medida en que ese conocimiento va aumentando, y a medida que la generación presente aprecia la gloria, la virtud, la grandeza de las que la han precedido. ¿Y quién le se encarga de tal tarea? La historia, que es, literalmente, la ciencia patriótica por excelencia.⁸

A poca distancia se sitúa la reflexión de otro bretonista, Édouard Frain, cuando afirma:

Nuestros padres trabajaron para nosotros; trazaron las vías y nosotros nos encontramos en ellas cuando recogimos las plantas fecundas por ellos sembradas. [...] Que nuestros hijos conozcan a aquéllos de quienes descienden, que rueguen a Dios por sus almas. No nos parezcamos a las bestias brutas que recogen los frutos caídos de los árboles sin levantar los ojos hacia los árboles de los que caen...⁹

Entre la década central del siglo XIX y el año 1898 estos historiadores y polígrafos, junto con las asociaciones y cenáculos en que se movían, acaudillaron aquella cruzada cultural cuyas metas de re-creación identitaria ya han sido descritas. La política, por el momento, no hacía acto de presencia, al menos de manera patente, si bien es cierto que todas las creaciones de los citados historiadores estaban bien empapadas de ideología. En cualquier caso, el terreno de ese protonacionalismo bretón estuvo dominado por los creadores intelectuales hasta que poco a poco el movimiento se fuera politizando a partir del cambio de siglo. En 1898 se fundó la *Union Régionaliste Bretonne*, en 1911 el *Parti National Breton* y en 1918 el *Groupe Régionaliste Breton*. En mayor o menor medida, estas organizaciones trasladarían al terreno de la política la iniciación cultural que previamente generaron las sociedades y cenáculos del XIX. Hay que puntualizar, en cualquier caso, que el discurso político implícito del protonacionalismo bretón nunca alcanzó la radicalidad programática y estratégica que cobrarían los partidos políticos de carácter nacionalista que se iban a crear ya bien entrado el siglo XX, concretamente tras 1918. En cierto modo, el bretonismo decimonónico puede ser interpretado como una reproducción a pequeña escala del legitimismo primero, y del maurrasianismo después, que se desarrollan en Francia. Ni uno ni otro – tanto a escala regional bretona como estatal francesa – constituyen casos de fascismo. La transición del maurrasianismo al fascismo se producirá claramente sólo después de la Gran Guerra, tanto a nivel francés como en el seno del universo regionalista bretón. Legitimismo y maurrasianismo se definieron más por el clasicismo, el monarquismo y el tradicionalismo social, incluso por un elitismo que venía desde Joseph de Maistre en adelante. Para el pensamiento conservador tradicional la contrarrevolución “no debía ser una revolución contraria, sino lo contrario de la revolución”.¹⁰ Un golpe de estado, un disturbio espontáneo oportunamente explotado, una derrota del régimen democrático frente a una potencia extranjera, podrían ser aprovechadas para la contrarrevolución tradicionalista. Muy al contrario, el fascismo llegará más tarde y con

⁸ Arthur de La Borderie, *Guy Alexis Lobineau* (Nantes: Société des bibliophiles bretons, 1866), 33.

⁹ Édouard Frain, *Tableaux généalogiques, notices et documents inédits au soutien du mémoire où il est fait mention de plusieurs familles établies à Vitré et paroisses environnantes* (Vitré: Lécuyer frères, 1898), 3.

¹⁰ Philippe Burrin, “Resurgences ou nouveautés?”, en François Sirinelli, *Histoire des droites en France* (Paris: Gallimard, 1993), 625.

otros métodos, que pasarán por la llamada a las masas y su encuadramiento en movimientos plebiscitarios. El tradicionalismo implicaba la espera, la inacción incluso, pero el fascismo será básicamente acción. Con todo, el parentesco esencial entre ambos es por otra parte innegable: rechazo de la filosofía de las Luces, repudio de la concepción individualista del hombre y la sociedad, desprecio por la organización democrática de la comunidad. En el tradicionalismo, la denuncia antirrepublicana era la parte más visible de todo un sistema de resentimientos que el fascismo luego iba a explotar, a reproducir literalmente, e incluso a sobredimensionar. Pero ese salto “juvenil” a la radicalidad marcará a las derechas más tarde. Por el momento, y en lo tocante al primer *Emsav* bretón, es forzoso insistir en que el protonacionalismo armoricano no impugnaba la unidad de Francia, y no pasaba de propugnar con mayor o menor rotundidad retórica que el contrato que unía a la “patria bretona” con el Estado francés fuese reformulado, es decir, que se volviese al estado de cosas de tiempos prerrevolucionarios, cuando Francia era una monarquía parcelada en unidades políticas y culturales semisoberanas.

Si bien los esfuerzos bretonistas conseguirían generar una mirada alternativa a la que se oficializaba desde París y reivindicar un pasado despreciado sobre el que había caído la losa de la vergüenza, la historiografía regional adoleció, sin embargo, de un doble defecto, el del diletantismo erudito y el de la militancia ideológica. Se fue dando a conocer al mundo moderno una herencia prestigiosa e ignorada, se fue rescatando del naufragio a un pasado que se hundía en la vorágine de la industrialización, se recuperaban etapas aún no completamente sumergidas, se hacían saludables inventarios que insuflaban autoestima a las provincias y que compensaban además la incuria “parisina” en materia de cultura regional, y desde esa óptica, historiografías como la bretona rendían un notable servicio a sus sociedades.¹¹ No en vano, aquellos mismos clubes eruditos se enorgullecían de luchar por “redimir a esas razas desgraciadas contra las que se había lanzado un anatema”, por salvar del olvido a esos pueblos “traicionados por la fortuna, golpeados por el ostracismo, tanto tiempo borrados del terreno de la ciencia”, por resucitar a resignadas pero antiquísimas naciones que “aunque ya no gimen bajo la tiranía de la espada, siguen sometidas al despotismo intelectual”.¹² Capacidad rehabilitadora y voluntad de desagravio, pues, deberían ser anotados en el cúmulo de aportaciones saludables tanto del bretonismo historiográfico como de otros muchos movimientos de similar índole nacidos en diversos rincones del mapa.

Sin embargo, la irreprimible inclinación hacia la manipulación del relato histórico, la simplificación de la complejidad de los hechos abordados y el reduccionismo explicativo, como también el recurso a la anacronía y a verter arbitrariamente categorías del presente sobre el pretérito, deben ser también recordadas como características del bretonismo historiográfico.

Demostrar la perennidad de la comunidad política bretona, por un lado, y hermanar el concepto de patria con el del grupo social al que se pertenece – en este caso relacionar Bretaña con la aristocracia bretona, y por lo tanto equiparar la decadencia nacional con la decadencia del grupo: tales fueron las dos obsesiones u objetivos implícitos en la tarea de la

¹¹Jean Pierre Chiline, *Sociabilité et érudition. Les sociétés savantes en France* (Paris: CDTHS, 1998), 396.

¹²Théodore de la Villemarqué, *Barzaz Breiz. Chants populaires de la Bretagne* (Paris: Franck, 1846), 33.

historiografía bretonista. Con respecto a la segunda de las metas citadas – confusión voluntaria de patria y grupo social dominante –, la forma y el fondo de muchos de los escritos bretonistas dejan poco lugar a las dudas:

Al sacar a la luz los nombres, los títulos injustamente olvidados de aquellas glorias de nuestra raza, uno siente en el corazón una orgullosa alegría, la misma que nos inundaría si algún día, en medio del coro ruinoso de alguna vieja abadía, bajo el espeso tejido de las zarzas, la hiedra y el musgo, consiguiéramos descubrir las tumbas sagradas y las valientes efigies de nuestros primeros ancestros.¹³

Bretaña aparecía como una reliquia, como una mera referencia genealógica, y los bretonistas pensaban en ella con orgullo, como pensaban en sus antepasados feudales muertos en Agincourt. Los bretonistas del XIX “no sabrían organizar una lucha de liberación nacional por la misma razón que no podían sacar a sus ancestros de sus tumbas”.¹⁴

En relación con el referido afán por confeccionar un atestado de antigüedad de la patria, cabe señalar que el bretonismo participa del gusto típicamente romántico por subrayar la homogeneidad de la nación evocada y la continuidad casi atemporal de dicha nación en el tiempo. Bretaña aparece como el producto de un camino áspero y cubierto de escollos. El pueblo bretón ha conocido un crecimiento lento pero continuo, como si se tratase de un vegetal: puede haber mutado superficialmente, pero su esencia se ha mostrado invariable. En este aspecto como en muchos otros, la historiografía bretonista toma prestadas inclinaciones propias de historiadores situados en la trinchera opuesta, la francesa, que entendían que la historia era una sucesión de identidades complementarias. Y por el mismo procedimiento, el bretonismo decimonónico pudo presentar, y de hecho presentó, al rey Nominoë (siglo IX), a la duquesa Ana (siglo XIV) o al *chouan* insurrecto Cadoudal (siglo XIX) como eslabones de una sola y única cadena, elementos cuyas existencias obedecieron a idénticos propósitos. De este modo, no es de extrañar que en la narración histórica de los bretonistas, individualidades y personajes de diferentes eras se correspondan perfectamente. Semejante historia-planta se plasma en una lista de sucesos diversos que remiten unívocamente a la idea de que la existencia de la patria bretona es inquebrantable. Las oleadas invasoras de los romanos en la Antigüedad, las intrusiones de los francos en los tiempos altomedievales, las tentativas anexionistas de Inglaterra o de Francia después, los conatos despóticos del absolutismo borbónico, y, obviamente, el huracán nivelador de 1789, son episodios que se pudieron saldar con victorias o con derrotas para la comunidad amada e invocada, pero que siempre y por encima de todo se resuelven, en el relato bretonista, con la afirmación nacional de un pueblo imperecedero y sabedor de su inalterable y secular misión.¹⁵

¹³ Arthur de la Borderie, *Les Bretons insulaires et les Anglo-Saxons du V^e au VII^e siècle* (Paris: Didier, 1873), 222.

¹⁴ Michel Denis, “Arthur de la Borderie, ou l’histoire science patriotique”, en *Chroniqueurs et historiens de la Bretagne*, ed. Noël-Yves Tonnerre (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2002), 141-158.

¹⁵ La historia de Bretaña puede dividirse en cinco grandes etapas: la Armórica gala conquistada por Roma; la antigüedad tardía (siglos V al VII) marcada por la instalación masiva de los “bretones” procedentes sobre todo de Gales y Cornualles; la conformación, entre los siglos VIII y XV, de una entidad más o menos independiente, denominada “ducado de Bretaña”; la integración, desde finales del siglo XV, de ese ducado en

Narración inflamada

Historia sesgada al tiempo que apasionada. La idea no es sólo la de aleccionar, sino también la de canalizar el afecto del lector hacia la causa del pueblo y de sus héroes. Recorriendo los mismos senderos que Augustin Thierry dentro de la historiografía francesa, los bretonistas Aurélien de Courson o Arthur de la Borderie aspiran a hacer simultáneamente arte y ciencia, a ser dramáticos ayudándose de los materiales que les proporciona una concienzuda labor erudita previa. Destilando imaginación, drama o colorido localista, se dejan impregnar por la tradición literaria, privilegiando la dimensión narrativa de los hechos con relatos coloristas, descripciones psicológicas, indagaciones sentimentales y especulaciones religiosas o políticas.¹⁶ De acuerdo con la poca simpatía que despertaba en estos autores el racionalismo dieciochesco, la Edad Media fue vista como “una contracultura que se postulaba frente a la modernidad”¹⁷ y por ende gozó de una especial atención. La pasión por lo misterioso y lo singular, sumada al interés por legitimar las aspiraciones del tradicionalismo, explican la efervescencia novelesca de sus relatos: “Los estatutos, las leyes y las constituciones muestran las piezas de la máquina social, pero no el fundamento de la acción moral (...) Esos matices sólo pueden ser expresados por el talento literario, y de ahí que los poemas sean instructivos para la historia”.¹⁸ Ello explica también que las animadas narraciones recalquen la estrecha relación existente entre suelo y hombre, entre tierra y pueblo, y que doten a la tierra de una fisonomía humanizada, confundiendo la idea misma de Bretaña con la de su apariencia física y con la presunta ideología que alimenta su lucha secular. En cualquier caso, la primacía de lo político, así como el apasionamiento, quedan fuera de toda duda. Lo mismo la gran historia política que la pequeña historia, ambas se caracterizan por su concepción visual del acontecer. Una y otra aspiran a ver lo sucedido, porque consideran que la historia consiste, precisamente, en visión o re-visión. En la teoría que anima la investigación de los bretonistas, la historia aparece como una construcción estética o figurativa, como una sucesión de cuadros, de imágenes o formas, como un gran espectáculo. Así se comprende la restricción de lo histórico a lo político, pues sólo lo político es “dramático”. Como se ha apuntado con acierto, todos los historiadores del siglo XIX participaron, en mayor o en menor grado, de esta “concepción plástica de la historia”.¹⁹

Corazón y cerebro

El sesgo literario y la más que ocasional toma de partido se combinan con un indudable – y en muchas ocasiones fructífero – esfuerzo de erudición de aliento positivista. El espiritualismo romántico entroncaba con el positivismo, en un sincretismo

el reino de Francia (si bien es cierto que conservando franquicias y parlamento propio), y por fin, la inserción total en la Francia contemporánea a partir de la Revolución de 1789.

¹⁶ Jean Maurice Bizière, *Histoire et historiens* (Paris: Hachette, 1995), 126.

¹⁷ Carl Schorske, *Pensar con la historia* (Madrid: Taurus, 2001), 129-130.

¹⁸ François Luzel, “En Basse-Bretagne”, *Revue de Bretagne et de Vendée*, [vol.] 9 (1866): 436 (430-450).

¹⁹ José Luis López Aranguren, “Moral y sociedad”, en *Moral, sociología y política I* (Madrid: Trotta, 1996), 40.

aparentemente paradójico. Sin embargo, la prédica de neutralidad y la profesión de fe nacionalista fue moneda corriente en la historiografía del momento:²⁰ ahí están las obras de Niebuhr o del propio Ranke para confirmarlo. La bretonista fue también una historiografía básicamente descriptiva, volcada en la narración de los grandes acontecimientos, en la evocación de esa multitud de batallas que se entrelazan y que componen una trama lineal. Se confecciona de este modo la idea de que existe fuera de toda duda una continuidad nacional. Pertrechada de un lenguaje contundente y totalizador, esta narración esconde o disimula, sin embargo, fisuras internas de orden social, económico o moral.

De modo que el bretonismo historiográfico puede ser ubicado en un punto intermedio entre las corrientes romántica y positivista de su siglo, dos tendencias que, a pesar de ser presentadas habitualmente como distintas e incluso opuestas, realmente compartían numerosos rasgos y objetivos. Afirmaba Benedetto Croce que un examen de las similitudes existentes entre ambas escuelas historiográficas lleva a concluir que “el positivismo es al romanticismo lo que la Ilustración es al Renacimiento: “no su antítesis sino su derivación lógica, la exageración de las tendencias”.²¹ En Alemania se produjo muy pronto el citado sincretismo, con la pretensión de erudición y neutralidad asociada a la profesión de fe nacionalista, a los juicios de valor o incluso a la concesión de márgenes al designio divino como explicación última de ciertos fenómenos. En Francia igualmente, Thierry o Fustel de Coulanges entendieron la historia como una manera de adoctrinamiento patriótico y un muro contra el pensamiento disolvente. De manera que los progresos metodológicos, la calidad de la reflexión o la explotación crítica de las fuentes no excluían las digresiones literarias o el lanzamiento de valoraciones sobre la política de la época. Las obras de La Borderie y las diversas instituciones provinciales dedicadas a la Historia bretona se acercan a su objeto de estudio, desde un punto de vista metodológico o instrumental, dando importancia a las fuentes, practicando ya la crítica textual, la narración directa de acontecimientos, e inclinándose por los grandes hombres. Todo lo cual engendra unos relatos decantados hacia lo político-diplomático, y en suma conservadores.

Esta historiografía busca la construcción de un camino intermedio entre el racionalismo filosófico liberador de la Razón – que desemboca en un frío universalismo ilustrado – y la exaltación del sentimiento vivificante que lucha con esa realidad que la Razón pretende transformar. Lejos de ver a la historia como la encarnación de la racionalidad universal, los bretonistas perciben al pasado como la realización del espíritu de cada colectividad. Así, positivismo e historicismo articulan una teoría del progreso alternativa a la ilustrada, según la cual los pueblos tienen un carácter orgánico que se manifiesta en la existencia de naciones diversas y, por ende, en estados soberanos distintos, vistos éstos últimos como divinidades que aúnan y funden al pueblo y a la nación. Si la Ilustración había presentado una historia gobernada por leyes naturales y universales, e indefectiblemente dirigida hacia el progreso y el cambio, el historicismo – síntesis del positivismo metodológico y del romanticismo – postula la intrínseca particularidad de las identidades nacionales.

²⁰ Pelai Pagès, *Introducción a la historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos* (Barcelona: Barcanova, 1983), 163.

²¹ Benedetto Croce, *Teoría e historia de l'historiographie* (Genève: Droz, 1968), 192.

Vínculos de procedencia, lengua, cultura, raigambre común, etc., pasan a justificar las aspiraciones de soberanía. Cada pueblo cuenta, y tiene que encontrar su propia historia heroica, su modo de ser, y una misión particular que cumplir. Una escuela que al mismo tiempo hará profesión de fe nacionalista y predicará el objetivismo y la neutralidad como principio y fin de la ciencia histórica, que tendrá en la erudición a su principal instrumento de trabajo, pero que sucumbirá con mucha frecuencia a la subjetividad. El concienzudo análisis filológico de fuentes hecho por Niebuhr en su *Historia de Roma* ¿no condujo a una mitificación de la condición agrícola de las antiguas urbes romanas y a una propuesta del modelo de sociedad ideal del propio historiador, estructurada en torno a campesinos propietarios y libres? ¿No era el lema de los *Monumenta germaniae historia*, publicados por iniciativa de Karl von Stein, *sanctus amor patriae dat animus*? ¿No iba seguida la profesión de fe positivista que Hipólito Taine escribió en *Les origines de la France contemporaine*, de una continuada diatriba contra la revolución y sus agentes?²² En semejantes contradicciones caía el propio Ranke cuando afirmaba que la misión de la historia, más allá de explicar y encuadrar hechos, era la de disipar los engaños generados por los ilustrados y “abrir el camino a una política sana y certera”,²³ cuando en 1824 hablaba de esa humanidad dormida por la vida de los individuos, de los linajes, de los pueblos, y cuyos derroteros estaba a veces a merced de la mano de Dios;²⁴ cuando en 1836 definía a la historia como “la ciencia por cuyo camino nos ordenan marchar la patria”; cuando volvía a insistir en que el género humano es un “tesoro infinito de evoluciones recónditas que salen a la luz en función de leyes desconocidas y misteriosas”,²⁵ o cuando, en fin, repetía que “sobre todo lo humano flota el orden divino de las cosas, un orden muy difícil de demostrar, pero que siempre se puede intuir.”²⁶

Antigüedad e independencia

Bretaña, como patria específica y particular incorporada al conjunto francés, no disponía según La Borderie de una historiografía propia. Ello es lo que le empujó a acometer su tarea: “es una verdad banal el decir que no tenemos una historia de Bretaña”, recordaba en un discurso ante la *Société Archéologique et Historique de Île-et-Vilaine* el 27 de abril de 1866. El hecho de que las historias de todas las provincias de Francia se parecieran entre sí obedecía a que “los historiadores no hemos visto efectivamente en Bretaña más que una provincia como otra”. La realidad era bien distinta. Bretaña era en palabras de La Borderie “un pueblo, una nación, una sociedad a parte, que por tanto posee una historia propia, entera y completa, con un inicio, un centro y un fin”. Ese relato

²² Hyppolite Taine, *Les origines de la France contemporaine* (Paris: Hachette, 1904).

²³ Sobre el parentesco y la diferencia entre la historia y la política, Ranke pronunció en 1836 una conferencia titulada *Sämtliche Werke. Zweite Gesamtausgabe*, recogida en Jorge Navarro, “Historia magistra politices. Notas sobre la conexión entre teoría de la historia y teoría política en Ranke”, *Res publica*, [vol.] 4 (1999): 93-108.

²⁴ Leopold Von Ranke, *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1535* (Leipzig: Dunker, 1874).

²⁵ Ranke pronuncia una serie de conferencias en 1854 ante el rey Maximiliano II de Baviera, recogidas en George Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX* (México: FCE, 1977), 83-109.

²⁶ Leopold Von Ranke, *Pueblos y estados en la historia moderna* (México: FCE, 1948), 504.

necesario y hasta entonces inédito habría de comenzar en la brumosa antigüedad tardía, cuando los bretones ni siquiera moraban en Bretaña continental:

Nuestra tierra recogió los restos del naufragio y a los vencidos de aquella batalla de dos siglos que consiguieron, a pesar de su derrota, salvar su nombre, su lengua, su libertad, su honor. Ahí está la sangrienta cuna de nuestra vieja raza, el primer título de gloria de nuestros padres, y dar a conocerlo es para nosotros un deber porque aquella lucha grandiosa y trágica nunca ha sido recogida en una historia completa.²⁷

Frente a tal hidalguía histórica, el resto de las provincias francesas “sólo puede disponer de una historia como tales provincias, en la medida en que forman parte de un conjunto más amplio, que es Francia”.²⁸ Esa necesidad de diferenciar a Bretaña mediante la historia habría de desembocar en una constatación. Dada su calidad de pueblo o nación verdadera, Bretaña – según comenzaba su curso de Historia de Bretaña en la Universidad de Rennes el 4 de noviembre de 1890 – “es perfectamente distinta en sus orígenes, perfectamente original en sus elementos constitutivos” si se la compara con los territorios vecinos. Pues las poblaciones de dichas provincias – normandas, angevinas, etc. – “nunca han sido más que fracciones (...) de un todo, llámese éste Galia o Francia. Ninguna de ellas poseyó el germen de una originalidad”.²⁹ En el pensamiento del La Borderie, Bretaña, tras haber recorrido las sucesivas fases de su existencia individual, atraída poco a poco hacia la poderosa órbita de Francia, se unió a ésta, mas siempre conservando su originalidad. Situación que se mantuvo invariable hasta 1789, cuando la patria fue desposeída violenta y unilateralmente de sus prerrogativas.

Los bretonistas dibujan unánimemente a las naciones con los rasgos de entidades esencializadas, multiseculares, que o bien nacieron como producto de la generación espontánea, o bien que existen desde un periodo ancestral. Adhiriéndose a una representación mítica de la nación, llegan a presentar a las patrias como algo que “estaba ahí”, lo cual impide comprender cómo se edificaron realmente esas comunidades, para qué sirve el concepto de nación, y cuáles son las realidades políticas concretas sobre las que dicho concepto puede ser realmente aplicado.

En cualquier caso, los escritos de estos autores ilustran perfectamente el carácter políticamente instrumental de los discursos sobre la naturaleza del pueblo. El hecho de afirmar la existencia de una comunidad nacional dada, implica, en efecto, el reconocimiento de que ésta necesita ser dotada de una organización política propia, ajustada a sus específicos rasgos. En último término, la nación estaría abocada a coincidir con un estado, herramienta que protegería al pueblo y que a la vez le permitiría continuar su destino histórico. Es por este motivo por el que los escritos corren el riesgo de apartarse de lo científico – describir lo que existe o lo que ha existido – y deriven hacia discursos políticos normativos – casi vinculantes – cuya función primera sea la de legitimar la existencia efectiva o reivindicada de un pueblo. Y en efecto, cada capítulo de los relatos

²⁷ Arthur de la Borderie, *Les Bretons insulaires*, 7.

²⁸ Jean Yves Guiomar, *Le bretonisme*, 187.

²⁹ Lección de apertura de la clase de Historia de Bretaña en la Universidad de Rennes, impartida por Arthur de la Borderie el 4 de diciembre de 1890, citado en Olier Mordrel, *Breiz Atao. Histoire et actualité du nationalisme breton* (Paris: Moreau, 1973), 509.

bretonistas se encamina a recordar que la patria nació en la noche de los tiempos y “cumple un proyecto secular”.³⁰ Mediante el trazado de esta historia-guerra se perfila una moral imperativa en torno a una serie de valores, mientras que por el contrario se pasa de puntillas sobre los conflictos sociales. El culto a la tierra y a los muertos, el temor ante la posibilidad de que el sentimiento nacional decline, y el entusiasmo ante el heroísmo de una serie de personajes señeros, se corresponden bien con la cosmovisión aristocratizante y legitimista del historiador. De ahí que, en más de uno de sus pasajes, las obras devengan panfletarias, caigan en la declamación, se pueblen de síntesis precipitadas, de elucidaciones forzadas y conclusiones caprichosas. La vida del pueblo bretón es presentada como la historia de la lucha contra su desnaturalización, esto es, su descristianización y su asimilación cultural por un elemento alógeno. Con independencia de que el pueblo salga vencedor o derrotado en los sucesivos embates a los que la historia le somete, la idea que invariablemente persiste es la de una colectividad que se conserva, la de una nación que, próspera o derruida, se mantiene diferenciada del resto.

Libertad natural

Otro de los tópicos de la historiografía bretonista está relacionado con la “liberalidad” de Bretaña. A lo largo de su evolución, Bretaña se habría distinguido por poseer “un espíritu incontestablemente y esencialmente liberal”.³¹ La inexistencia de poderes ducales despóticos así como la tradicional y casi innata tendencia de los poderes feudales por el respeto hacia las libertades de los grupos sociales, habrían moldeado en Bretaña un recorrido histórico relativamente plácido. O en todo caso, mucho menos tormentoso que el de países como Francia, donde estremecimientos y tiranías se habrían sucedido con gravísima asiduidad. Las particularidades legales e institucionales de la Bretaña anterior a la Revolución constituían pues una trinchera, una garantía, frente a la posibilidad de contagios y turbulencias. Señala La Borderie cuando describe la Bretaña ducal del siglo XV, que “la moderación de nuestros príncipes había evitado el implicar directamente a su pueblo en las guerras desastrosas, interminables, de Francia y de Inglaterra”, pues mientras que el suelo francés era un campo arrasado y saqueado por las banderías inglesas, “Bretaña, rincón de calma en medio de la gran tormenta, ofrecía un puerto a los que huían de la tempestad”.³² Narrando episodios acaecidos en el siglo XVIII, es decir, ocurridos antes del surgimiento de la idea contemporánea de nación, La Borderie incurre en digresiones valorativas como la que sigue: “los Estados de Bretaña eran el sitio donde vivía el patriotismo bretón, el último vestigio del pasado glorioso, el recuerdo vivo de la independencia nacional; constituían para la provincia una muralla contra la anarquía en los tiempos de disturbios civiles, y en tiempos de paz, un parapeto contra el arbitrio y el despotismo de las oficinas, acaso más arrogante que el del sable”.³³ En el fondo, las teorías

³⁰ Étienne Balibar, Immanuel Wallerstein, *Race, nation, classe* (Paris: La Découverte, 1997), 17.

³¹ “Discours de Arthur de La Borderie dans la Société Archéologique d’Ile-et-Vilaine prononcé le 27 avril 1866”, *Bulletin et mémoires de la Société Archéologique d’Ile-et-Vilaine*, [vol.] 106 (2002): 97 (86-104).

³² Arthur de la Borderie, “Vie de la Bieheureuse Françoise d’Amboise, Duchesse de Bretagne”, *Revue de Bretagne et de Vendée*, [vol.] 9 (1866): 327 (326-331).

³³ Arthur de la Borderie, “La conspiration de Pontcallec”, *Revue de Bretagne et de Vendée*, [vol.] 1 (1857): 4 (4-26). El episodio fue una sublevación antifiscal instigada por una parte de la aristocracia bretona en 1718, y

de las que participan afirmaciones como la precedente están en contacto con la concepción decimonónica del *Volksgeist*, espíritu popular inmanente que se materializa en instituciones tradicionales, en usos y costumbres inveterados, y en consecuencia opuesta a construcciones contingentes, artificiales y perecederas. El *Volksgeist* representa un camino que evoca el pasado como historia y cultura de un pueblo, como senda que se abre a la herencia tradicional de la colectividad y que constituye el fundamento de su ser. No en vano, es ese genio popular lo que, para estos autores, constituye la principal fuente del derecho. Las leyes formales tendrían sólo una función secundaria en la génesis de la ley o de las instituciones políticas: simplemente habrían de limitarse a fijar sus principios. Es decir, sólo habrían de servir para dar forma concreta a la fluidez del *Volksgeist* primigenio y sagrado. Entendiendo la esfera jurídico-política como traducción directa de la identidad nacional, los historiadores alineados con esta línea de trazas románticas reaccionan contra la ideología de la Ilustración, que previamente había abogado por un naturalismo subjetivista y había hecho del derecho una derivada del contractualismo.

Para los bretonistas, hablar de historia es poner de relieve dos tipos de fenómenos: los datos y acontecimientos importantes del pasado, y por otro lado la memoria colectiva, que conserva aquellos hechos y los elabora a través de la espontánea conciencia popular. Ésta última es el genuino receptáculo del pasado, y el material útil para la construcción jurídica. Toda comunidad natural marcha a lo largo de la historia a través de sus manifestaciones y de sus instituciones sociopolíticas, las cuales no pueden ni deben estar concebidas sin la presencia de un derecho que, a su vez, es emanación limpia de las verdades populares que forman la nación.

En el relato bretonista, la sublimación de la antigua vida independiente del ducado de Bretaña genera una glorificación de al menos dos eras distintas y alejadas entre sí: el primer medievo, caracterizado por los innumerables conflictos que acabarían engendrando al primer reino independiente en Bretaña, y el absolutismo moderno, que se revela en esta historiografía como un ideal, como una referencia política para el presente. En un estudio sobre los Estados de Bretaña, Paul de Champagny rechazaba los “falsos datos históricos” que pretendían que “nuestros padres humillaron la cabeza ante un pesado yugo absolutista” y recordaba, antes al contrario, que “nuestros abuelos habían comprendido la divinidad y la dulzura de un régimen” en el que los vasallos colaboraban con el duque en el gobierno de la cosa pública. La Bretaña prerrevolucionaria habría gozado de un “gobierno temperado” en el que cada estamento aportaba su consejo y su impronta al gobierno común. La saludable influencia del clero, “nunca ignorada por nuestra provincia”, el sano aliento de las ciudades, “elemento de progreso combinado con la estabilidad representada por el soberano y la nobleza”, y el contrapoder nobiliario y su paternal tutela agraria, “viviendo en medio de los campos, compartiendo con campesinos intereses y costumbres, (...) y abandonando el viejo solar familiar sólo para acudir a las reuniones de los Estados o para marchar contra el enemigo”,³⁴ componían un arcádico cuadro de concordia que sólo en 1789 empezó a

que se saldó con la decapitación del marqués de Pontcallec y sus partidarios. Como otros tantos episodios de parecido desarrollo y desenlace, la abortada conjura contribuyó a engrosar el cúmulo de afrentas infringidas por el Estado francés inventariadas por los regionalistas bretones: desde el *Barzaz Breiz* hasta músicos contemporáneos incluyen pasajes sobre la peripecia.

³⁴ Paul de Champagny, “Séances des États de Bretagne tenues dans la ville de Vannes”, *Revue de Bretagne et de Vendée*, [vol.] 11(1857): 117 (116-131).

ennegrecese. Como muchos de sus colegas ingleses o alemanes, estos historiadores vieron en el mundo feudal un símbolo integrador de la buena sociedad, gradualmente distanciada de la sociedad que les rodeaba. Por eso se recurrió al Antiguo Régimen,³⁵ en busca de normas con las que criticar los aspectos de la sociedad coetánea, y por eso se quiso presentar a la civilización preindustrial como una contracultura opuesta a la modernidad, tratándola por momentos como un paraíso perdido.³⁶

Bravura y firmeza

Si el haz de la moneda lo componen una Bretaña vista como una isla institucional y una feudalidad idealizada como remanso de calma, el envés está configurado por la imagen del pueblo bretón. El correlato de la tranquilidad ambiental es, en aparente paradoja, el carácter fiero, aguerrido y defensivo de la patria. Ya a mediados del siglo V d.C., cuando los sajones acorralaban el país de Gales, los bretones, en “una reacción singular aunque muy normal en las razas célticas”, se levantaron por obra de una inexplicable energía: “la vieja sangre bretona bulló (...) y en lugar de humillar la cabeza pasivamente bajo el yugo sajón, aquel pueblo asaltado por tantas tormentas, presa de tantos infortunios extremos, cogió otra vez con mano vigorosa la espada y el escudo”.³⁷ Es habitual leer en los bretonistas lo que los antiguos romanos comentaban de los primeros armoricanos: *quam terribiles sunt brittones quando dicunt “torr-e-benn”* (“¡qué terribles son los bretones cuando dicen “¡rómpele la cabeza!””); o la estrategia que, ya en la edad Media, ponía en práctica el papado ante circunstancias embarazosas: “para amedrentar a los florentinos, al papa Gregorio le bastaba con amenazarles con llamar a los bretones que tenía a su servicio”. Se refiere igualmente aquella palabra del vizconde de Narbona que, durante la sedición de 1484 organizada para hacer caer la cabeza de Landais, habiendo logrado encerrarse, muy asustado, en la habitación del duque Francisco II, le dijo: “¡mi señor, a Dios pongo por testigo que preferiría ser príncipe de un millón de jabalíes que de un pueblo como el de los bretones!””.³⁸

A fuerza de sufrir, los bretones habrían desarrollado una portentosa capacidad resistente. Entiende La Borderie que, al igual que hay pueblos de esencia traficante y mercantil, como el inglés o el cartaginés, pueblos duchos en el manejo de las armas y la ley, como el romano, pueblos más dotados para conquistar mediante la cultura, como el griego o el italiano, también hay naciones coriáceas cuyo sino es el de vivir una resistencia histórica. De ahí que el historiador preguntase vehementemente a sus compañeros de la Sociedad Arqueológica: “¿Y ustedes querrían que nosotros, los bretones, (...) renunciemos a esta prerrogativa de ser los hijos de la raza que luchó por sí misma, que entregó su sangre y su vida, pero no su patria y su nacionalidad? No, señores, no renunciaremos a ello (...) Conservaremos al pueblo bretón íntegro, que es lo que para nosotros es su primer y su

³⁵ Arthur de la Borderie, *La révolte du papier timbré advenue en Bretagne en 1675* (Saint Briec: Prud'homme, 1884).

³⁶ Carl Schorske, *Pensar con la historia* (Madrid: Taurus, 2001), 129-130.

³⁷ Arthur de la Borderie, *Les Bretons insulaires*, 21.

³⁸ Alexandre Duval y Alexandre Bouët, *Breiz-Izel, ou vie des Bretons de l'Armorique* (Paris: Dussilion, 1844), 24.

mejor título de nobleza”.³⁹ Y efectivamente, para los bretonistas el pueblo no puede verse amputado de ninguno de sus atributos inmemoriales, ya sean estos de tipo legal, administrativo, cultural, moral o lingüístico.

Sujeto activo en las sociedades modernas, el pueblo actúa en este tipo de relatos como una especie de *deus ex machina*, erigiéndose en sujeto histórico y en principio fundador de la legitimidad política. Potencia omnipresente pero enigmática, fantasma escurridizo cuyo rostro y cuyos contornos son difícilmente delimitables, la idea de pueblo remite a tres concepciones: la étnica – individuos de orígenes o de naturaleza comunes –, la social – la plebe, el vulgo, la turba – y la política – el *demos* griego. Evidentemente, es el primero de esos significados el predilecto de los historiadores romántico-positivistas. A los ojos de los historiadores bretonistas, un pueblo es un hecho real cuya naturaleza, sin embargo, puede hallarse oculta o dormida en muchos casos. Por ello, es preciso que esa identidad sea revelada, primero, y asumida, después, por aquellos que son sus depositarios. El medio para alcanzar tal fin consiste en remontarse a la fuente, al manantial original, a un dato o hecho anterior a todo contrato social o declaración de voluntad de existencia. Es ese hecho real y concreto lo que legitimará su voluntad de reconocimiento como pueblo compacto y unido, según el clásico esquema identitario de inclusión y exclusión. Siendo ese pueblo principio y agente de ruptura, la reivindicación de su identidad se proclama, no obstante, en nombre de la continuidad histórica. No en vano, el acento se pone en la filiación, en el pasado, en la secular coincidencia de un pueblo con un derecho o unos usos, por encima de toda voluntad transformadora o codificadora que haya sido impuesta artificialmente, “desde fuera”. Manifestación clara de la diversidad humana, el pueblo es una comunidad de costumbres y de cultura que vuela por encima de toda dimensión política objetivable.

La Naturaleza como espejo

Aparte de la exaltación del pasado, más allá del redescubrimiento de la mitología, y por encima de la reivindicación de los lazos fraternales que los bretones mantienen con sus pueblos hermanos – galeses, irlandeses, etc. –, una doble idealización presidía el trabajo del bretonismo. La idealización de la tierra, primero, y la idealización de las poblaciones y de las tradiciones de éstas. En efecto, desde el Romanticismo, el paisaje constituía la bisagra necesaria entre el individuo y el espíritu nacional. El individuo, al contemplar un terruño y caminarlo, ve cómo su espíritu se eleva y se reconcilia con la nación. Todo lo misterioso e indescriptible, todo lo infinito, inmortal y abstracto de la patria, se ve sustentado y materializado en algo tan tangible y cotidiano como el paisaje.

Discurriendo por senderos paralelos y similares a los transitados por los artistas y literatos románticos, que trasladaron significados y connotaciones entre el alma humana y el paisaje, el bretonismo historiográfico hizo de la naturaleza bretona un reflejo físico del carácter popular. El recogimiento y el enigma de la raza bretona no sería otra cosa que el reflejo en el plano cultural de un entorno determinado. La antigua Armórica sería “una pequeña península, emplazada en medio de las brumas de occidente y en las extremidades

³⁹ “Discours de Arthur de La Borderie dans la Société Archéologique d’Ile-et-Vilaine prononcé le 27 avril 1866”, *Bulletin et mémoires de la Société Archéologique d’Ile-et-Vilaine*, [vol.] 106 (2002): 97 (86-104).

del mundo”. La proverbial terquedad de los bretones, así como su tendencia al ensimismamiento y su desconfianza hacia el exterior serían fruto, a juicio de los bretonistas, de la generosidad de la naturaleza para con el pueblo, pues esa habría proporcionado “medios de defensa de toda especie: montañas agrestes, barrancos abruptos, espesa maleza, bosques inmensos, ríos profundamente encajonados, peligrosas marismas...”, en fin, accidentes naturales que resultan “cómodos para las guerras de guerrilla que dan tanta ventaja a los indígenas sobre los invasores extranjeros”.⁴⁰ Arthur de la Borderie y sus compañeros de viaje dieron forma pues a una visión conservadora y lógicamente politizada, de la Naturaleza. Era preciso conservar lo natural y también una determinada manera de ver la sociedad que se veía amenazada. Lejos de cualquier análisis socioeconómico, la nueva idea del bretonismo vinculaba el pueblo con la tierra. Representaba ésta la potencia de una nación y desempeñaría una función decisiva en la construcción de la identidad colectiva. A la nacionalización del pasado le había correspondido una nacionalización del paisaje, y el ser nacional tendría “su obligado correlato en una visión específica y estetizada de esa misma naturaleza”.⁴¹

Idiosincrasia intransferible

Los bretones aparecen también definidos por la posesión de una idiosincrasia peculiar e intransferible, por detentar una esencia que se ha venido demostrando inquebrantable a pesar del paso de los siglos. La concepción romántica de la nación considera al colectivo como una realidad viva y no como una construcción artificial. Al igual que la vida, en su modo más elevado – la vida humana –, es la unión de un alma y de un cuerpo, la nación es un cuerpo animado porque tiene un espíritu indisoluble de una sensibilidad. La sensibilidad de la nación es espiritual, porque está impregnada de una cultura. Su espíritu es sensible porque está encarnado en instituciones, en hábitos, en caracteres prototípicos.

Narrando el paso del medievo a la modernidad en Bretaña, La Borderie presenta a dos duquesas, Françoise d’Amboise (1427-1485) y Anne de Bretagne (1477-1514) como los perfectos exponentes del espíritu nacional que él atribuye a Bretaña. Anne, “niña de energía viril”,⁴² que “a pesar de su sexo es el lado resistente y militante del carácter nacional, el sentimiento enérgico y orgulloso de la vieja sangre céltica, quien, hasta el final, prefirió al gran reino, a la pompa de Francia, su pequeño ducado”.⁴³ Al lado de la granítica tenacidad de Anne, Bretaña también acumula, según La Borderie, la dulzura representada por Françoise d’Amboise, que expresaba “la íntima aspiración supraterrrestre de la raza bretona, la más católica y la más religiosa de las razas, más orientada hacia el cielo que hacia la

⁴⁰ Arthur de la Borderie, “Histoire de Nominoë”, *Bulletin Archéologique de l’Association Bretonne*, [vol.] 2 (1850): 45 (31-50).

⁴¹ Gloria Sanz, “Naturaleza y nacionalsocialismo. Una aproximación al Blut und Boden y a Richard Walter Darré”, en *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, ed. Carlos Forcadell (Prensas Universitarias de Zaragoza: Zaragoza, 2004), 497.

⁴² Arthur de la Borderie, *Choix de documents inédits sur le règne de la duchesse Anne en Bretagne* (Rennes: Catel, 1866), 6.

⁴³ Arthur de la Borderie, “Vie de la Bieheureuse Françoise d’Amboise, Duchesse de Bretagne”, *Revue de Bretagne et de Vendée*, [vol.] 9 (1866): 327 (326-331).

tierra”.⁴⁴ Sea como fuere, son esas vertientes de tenacidad y de franqueza – teóricamente innatas en los bretones – las que más quieren poner de manifiesto los historiadores regionales, en cuanto disponen de la mínima ocasión. Políticos y guerreros, pero también artistas, son elegidos como portaestandartes de la personalidad colectiva. Por ejemplo, el poeta Jean Meschinot (1420-1491):

Francia, en su lucha con Bretaña, no contenta de su enorme poder, recurría sin rubor a la artimaña, al perjurio, a la corrupción y a la traición. Contra esa Francia regida por Luis XI y Carlos VIII, Meschinot defiende valiente y obstinadamente la causa bretona: celebrando con una emoción sincera y cordial los buenos y bravos príncipes que defienden y gobiernan paternalmente a su país; fustigando con sus versos vengadores a los miserables, por muy bien colocados que estos estén, que la traicionan, y disparando la más violenta sátira a su primer y más terrible enemigo, el pérfido y tortuoso Luis XI.⁴⁵

O el dramaturgo Alexandre Duval (1767-1842):

Los bretones no conocen la ambición; si a veces consiguen honores o grandes puestos, es porque han sido empujados hacia ellos sin buscarlos, en razón de su talento o debido al ejercicio de la espada. El bretón, orgulloso y desdenoso, sabe muy bien que merece altas gratificaciones, pero su orgullo le impedirá en todos los casos servirse del contubernio, que tan comúnmente permite llegar al éxito. Esta aversión hacia la intriga, esta limpia franqueza, esta insobornable oposición a injusticia, que alcanza su máxima expresión en la lucha, resume el ser bretón.⁴⁶

Por encima de los atributos que se asignen a la comunidad de destino, lo relevante es el hecho de que la noción de carácter comunitario acaba afirmándose como antítesis de la concepción liberal o individualista de la nación. Si según ésta última el individuo sólo conquista autonomía alejándose de la particularidad grupal, saliendo de la “minoría de edad” kantiana, borrando las huellas de un pasado estrecho y de unas tradiciones castrantes, la idea de comunidad nacional manejada por los historiadores bretonistas descansa, a la inversa, sobre una visión profundamente nueva de lo humano. La humanidad del hombre no sería engendrada por él mismo, por su capacidad de autonomía – que no existiría y sería una pretenciosa ilusión –, sino que la humanidad le vendría regalada por su pertenencia comunitaria, por su inscripción en una historia, en una lengua, en una religión, en fin, por un enraizamiento en el seno de una cultura. De ahí que estos historiadores defiendan aguerridamente la preservación de lo humano no por la necesidad de respetar a unos derechos que serían inherentes a cada uno de los individuos, sino por un imperativo superior consistente en la salvaguarda de aquello que brota directamente del carácter nacional.

El pueblo y sus héroes

Chateaubriand, poeta romántico y bretón de origen, recordaba que “al igual que un

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ Arthur de la Borderie, *Jean Meschinot, sa vie et ses oeuvres, ses satires contre Louis XI* (Paris: Champion, 1896), 117.

⁴⁶ Arthur de la Borderie, *Alexandre Duval de l'Académie française et son théâtre* (Rennes: Caillière, 1893), 40-42.

siglo influye sobre un hombre, un hombre influye sobre un siglo”.⁴⁷ El noble guerrero, el estadista visionario, el clérigo benefactor, la santa abnegada, los sujetos clarividentes toman las riendas de la historia en los relatos del *Emsav*. La historiografía bretonista establece una singular dualidad según la cual el pueblo sería un importante actor colectivo de la historia, y el héroe se erige en genio individual. Ya sea para proteger la independencia frente a las apetencias extranjeras o para despertar del sueño a las naciones, las historiografías nacionalistas insistieron en la importancia histórica de las multitudes anónimas, genuinas depositarias de una inmutable esencia. Y surgió la ya referida noción de Pueblo, vocablo capaz de ocultar oposiciones de clase o de otra índole. Tal mitificación del pueblo como agente colectivo o como héroe anónimo no impidió la glorificación del individuo concreto, del guía, del modelo, del caudillo. Los historiadores bretonistas exaltan ciertamente a la multitud, pero como comparsa de un líder o inspirador. Patricios y plebeyos son un todo, la lealtad a la patria común prima sobre cualquier otro sentimiento de pertenencia. No en vano, la disolución de los benignos lazos que antaño enlazaron a los grandes hombres con sus pueblos es uno de los termómetros que infaliblemente dan cuenta de un proceso de decadencia nacional.

Ilustre por sus hazañas o virtudes, protagonista de un relato épico, sujeto capaz de diferenciarse del individuo corriente al realizar un acto arriesgado pero provechoso y modélico para su comunidad de referencia: he ahí los invariables rasgos del héroe. Vitalidad, altruismo, sacrificio, valor, determinación o desprecio por la muerte serían los caracteres que le distancian del común de los mortales. El héroe irriga con su presencia toda suerte de culturas y relatos que, veraces o fabulosos, cumplen la función de simbolizar ideas, fijar prototipos humanos y entregarlos a la devoción popular. Hasta las sociedades más descreídas han instituido el culto hacia estas figuras. Universal y multiforme, el héroe es siempre un salvador, sea o no religiosa su naturaleza, pues siempre rescata al grupo del peligro. Santo o elegido, acumula simultáneamente individualidad y universalidad, “yo y el mundo, la realidad y lo ideal, el interior y el exterior”.⁴⁸

El culto al héroe alcanza particular relieve en situaciones de precariedad o incertidumbre comunitaria. Aún consciente de las lagunas que rodean al personaje histórico concreto, Arthur de la Borderie, como historiador positivista que quiere ser pero como nacionalista inflamado que es, evoca:

Merlín fue en otro tiempo, en el siglo VI, el gran bardo y el gran profeta de de la raza bretona. En medio de los desastres y de las masacres de la invasión sajona en la Gran Bretaña, apoyó vigorosamente la enérgica resistencia, la patriótica esperanza de los bretones, profetizando intrépidamente, contra toda apariencia, su triunfo completo, definitivo.⁴⁹

Levantándose contra un enemigo que ataca su identidad, el héroe simboliza la esencia de la colectividad frente a la crisis. Canalizador de sentimientos compartidos, su trayectoria condensa la serie de rasgos en los que las comunidades humanas se sienten reflejadas. No es casual pues que los nacionalismos – movimientos políticos cuya vocación última es el

⁴⁷ François René de Chateaubriand, *Études historiques* (Paris: Ladvocat, 1831), 40.

⁴⁸ Andrés Ortiz, “Mitología del héroe moderno”, *Revista Internacional de Estudios Vascos*, [vol.] 40 (1995): 385 (381-393).

⁴⁹ Arthur de la Borderie, *Les véritables prophéties de Merlin* (Paris: Champion, 1883), 4.

postular la unidad identitaria y la permanencia histórico-cultural de grupos humanos determinados – hayan recurrido a los héroes como cimientos de sus relatos e imaginarios. Dada la capacidad movilizadora de dichas figuras, los movimientos nacionalistas han sido los principales – aunque no los únicos – forjadores de héroes y explotadores de su culto.

El encaje de los héroes con la identidad colectiva se explicaría primeramente porque el sacrificio de aquéllos frente al peligro común genera una transferencia de sacralidad desde el individuo destacado, hasta la nación. Luchando, e incluso muriendo, el héroe confirma la existencia de esos valores, y su alto precio. Después, la invocación del héroe mártir servirá a las sucesivas generaciones para demostrar que la nación es un “absoluto”, comparable a la ley divina. Se crea además el derecho que la nación puede exigir que se muera por ella. Y por último, el sacrificio heroico posee un insoslayable valor ejemplarizante, pues logra engendrar una “pedagogía de la solidaridad”⁵⁰ y una ligazón social en torno a la redención: una catástrofe fruto de alguna falta colectiva sólo puede ser desterrada con el sacrificio reparador del héroe, y una vez redimida, la comunidad queda en deuda con respecto a aquél, de modo que su imitación deviene poco menos que deber común.

Son muy abundantes los relatos de la historiografía bretonista que se acomoda a los esquemas anteriormente descritos. Miradas selectivas y apriorismos ideológicos eran los requisitos necesarios para atribuirle al pueblo bretón un alma imperecedera. Terquedad y misticismo serían los rasgos inconfundibles de aquél, y para demostrarlo se exaltó a una serie de figuras individuales, arquetipos humanos de las virtudes patrias. Así lo da a entender Arthur de la Borderie para introducir en su relato sobre el convulso siglo XV la figura de Françoise d’Amboise: “para reconducir los desfallecimientos del sentimiento nacional, y volver a encender en todos los bretones la llama del patriotismo que hasta entonces había sido el origen de su gloria, fue necesario un genio, un héroe, de cabeza, corazón y brazo entregados a Bretaña”.⁵¹ La construcción de atmósferas novelescas con héroes abatidos y glorificados no es ajena tampoco a Aurélien De Courson. Cuando narra la última cabalgada de Morvan-lez-Breiz, caudillo que a inicios del siglo IX federó a la aristocracia bretona para luchar contra el expansionismo carolingio, el que fuera discípulo de Guizot afirma: “Ante los ojos de los suyos, que huyen por los campos devastados, Morvan, llorando de rabia y de dolor, se abalanza sobre los escuadrones adversarios (...) Había entre las filas enemigas un franco llamado Cossus (...) Morvan se precipitó sobre éste con toda la velocidad de su caballo. “Franco”, le grita, “aquí tienes un presente que te reservaba desde hacía tiempo”. Diciendo esto, le lanza una flecha que éste repele con su escudo. “Orgullosos bretón”, le responde Cossus, “he recibido tu presente, recibe ahora el regalo de un franco”. Diciendo esto, Cossus hunde su espuela en la panza de su caballo y asesta a Morvan un golpe de pica que lo derriba. El franco entonces pone pie en tierra y corta la cabeza del vencido (...)”.⁵²

⁵⁰ Laurence Van Ypersele, *Mémoire et identité. Parcours dans l’imaginaire occidental* (Louvain-la-Neuve: Presses Universitaires de Louvain, 2008), 76.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² La noticia, prosigue el relato, se difunde con rapidez: el rey de los bretones ha muerto y su cabeza ha sido llevada al campamento del emperador. Los francos “acuden allí, lanzando gritos de alegría, para contemplar el espectáculo. La testa ensangrentada de Morvan es pasada de mano en mano, horriblemente destrozada por el acero que la ha separado del tronco. Witchar es llamado para constatar si se trata de la del conde de Léon.

Sin duda, es la figura de Nominoë (800-851) la que concita los tonos más encomiásticos de la historiografía bretona. No le faltan motivos, pues el guerrero que fue calificado como “padre de la patria” por sus apologistas decimonónicos encabezó la resistencia contra los Carolingios que sentó los pilares de un ducado bretón unificado e independiente. El bretonismo hizo de él un compendio de insumisión ante el extranjero, de fiereza y de clarividencia patriótica, y utilizó a la remota época del soberano como lienzo para dibujar retrospectivamente una Bretaña ideal en la que ya figuraban las problemáticas de la era contemporánea. Como reconocía La Borderie, “en ese tiempo la lucha alcanzó proporciones verdaderamente épicas, y la tenacidad de los bretones revela todo su poder y se corona de gloria”.⁵³ La figura concreta de Nominoë es considerada de talla heroica porque poseyó la virtud, “casi exclusivamente reservada a Dios, de dominar las circunstancias a su antojo y de plegar los hechos exteriores a su voluntad”. Éxito mayor aún si se tiene en cuenta la perdurabilidad de su obra: “Bretaña aún hoy, o al menos hasta 1789, tenía los límites conquistados por la espada de Nominoë”.⁵⁴

No es sencillo seleccionar el relato que mejor ejemplifique los panegíricos historiográficos que tienen a Nominoë como protagonista, dada la abundancia de casos. Acaso la narración de la batalla de Ballon – enfrentamiento campal entre bretones y caloringios sobrevenido en 845, con victoria para los primeros – constituya el caso más elocuente. La evocación bretonista adquiere entonces tonalidades panfletarias. Narra La Borderie:

Los soldados de Nominoë comprendieron bien que era el momento solemne, decisivo para el futuro de la patria, puesto que lo que se dirimía no sólo era el hecho de vencer o de perecer, sino que también estaba en juego la posibilidad de que desapareciera, sin esperanza de renacer, la libertad sagrada. A pesar de la extrema inferioridad en número y disciplina, había que vencer, así que se empeñaron, y ganaron. Difícil es entender cómo pudieron demoler a la armada inmensa que tenían ante sí, cuyos efectivos habían venido de todos los rincones de la Galia con la idea de asfixiar entre sus brazos a la hidra bretona, que sin embargo renacía sin cesar.⁵⁵

Más allá de la entusiasmada descripción de los acontecimientos que protagonizaron los antepasados, la glorificación de éstos exige además la interpretación teleológica de tales hechos, tarea que con gusto acometen los historiadores protonacionalistas. La exaltación de la entereza de los siempre amenazados bretones, la reiteración sobre las consustanciales disparidades étnicas entre comunidades, o la insistencia sobre la desproporción de efectivos y de medios entre francos y bretones – condiciones que convertían a los segundos en presas a priori fáciles para la voracidad de los primeros – redoblan el valor de las gestas de Nominoë. No es pues de extrañar que el ejercicio historiográfico adquiera tonalidades de

El monje lanza agua sobre la cabeza, la lava, despeja la larga cabellera y reconoce los rasgos de Morvan”. Mientras, en el fondo de los bosques, donde se han retirado los bretones, se expandido la fatal noticia. Courson sentencia: “toda resistencia ha de cesar (...) Y Bretaña, que desde hacía años era ansiada para Francia, ha pasado por fin a depender de ésta”, Aurélien de Courson, “Histoire de Bretagne. Fragments”, *Revue de l'Armorique*, [vol.] 3 (1844): 133 (122-139).

⁵³ Arthur de la Borderie, “Caractère national de la race bretonne dans l’histoire”, *Revue de Bretagne et de Vendée*, [vol.] 5 (1864): 22 (18-36).

⁵⁴ Arthur de la Borderie, “Nominoë”, *Revue de Bretagne et de Vendée*, [vol.] 5 (1859): 19 (2-19).

⁵⁵ *Ibid.*, 8.

cantar de gesta: “La solemne lucha de este pequeño pueblo contra ese gran Imperio es como una última batalla entre los teutones y los celtas, dos razas de instintos tan opuestos, de caracteres tan disímiles y enemigos. Se creería en primera instancia que los teutones sólo tenían que levantar el dedo para aniquilar a sus adversarios:

Tenían a su favor (...) a todo el genio y todo el poderío de Occidente; frente a ellos, sólo tenían a los bretones, un puñado de hombres sobre un estrecho solar. Pero este pueblo martilleado por tantas pruebas había tomado en cierto modo la dureza del hierro batido sobre el yunque. Cuantos más golpes se le inflijan, menos peligros le sorprenderán (...) Ni Carlomagno les hizo temblar, como tampoco lo hubiera hecho Alejandro. Gracias a esta fe patriótica el pueblo se crece ante la adversidad, se exalta por la derrota como otros ante la victoria. En medio de sus rocas y brezos, este puñado de hombres, sólo este puñado, constituye una vieja raza, la más vieja de Occidente, que rechaza la idea de morir.⁵⁶

Alcance limitado

Bretaña se vio expuesta entre mediados del siglo XIX y la Gran Guerra a una doble, opuesta y desigual irradiación intelectual, la encarnada por una pujante historiografía nacionalista francesa, que calaba entre las nuevas generaciones a través de manuales escolares, medios de comunicación e instituciones de toda índole, y la representada por una historiografía bretonista, que no pasó de ser un tenue reflejo de su antagonista estatal.

No es cierto que el rodillo nacional borrara toda expresión de cultura regional, pues las identidades regionales sí lograron pervivir en cierta medida, gracias no sólo a los esfuerzos de las intelectualidades locales como los descritos en páginas precedentes, sino gracias también a una sutil e interesada acción estatal. Pues en efecto, para podar todo “exceso” intelectual de tendencia separatista, el Estado supo canalizar los impulsos culturales provinciales, buscando que la nación común se acabase perfilando en el imaginario colectivo como un armazón poliédrico, ciertamente, pero sobre todo jerárquico.⁵⁷ El Estado fue poco a poco atrayéndose aliados regionalistas mediante la seducción y la integración de elites provinciales que paulatinamente irían bajando el tono de su queja nostálgica.⁵⁸ De modo que ya en el siglo XX el centralismo estatal, tan jacobino al principio, se fue apaciguando, al tiempo que la pulsión contrarrevolucionaria del bretonismo fue abandonando sus ensoñaciones para limitarse a metáforas más o menos folklóricas sin recorrido político.

La inicial hostilidad contra el Estado fue reemplazada por el acatamiento del mismo, principalmente porque el protonacionalismo bretón fue más resultado del temor a una revolución social que hijo de un proyecto consciente de escindir a Bretaña de Francia. Además, las carencias del movimiento centrífugo bretón no pueden deslindarse de la

⁵⁶ Arthur de la Borderie, “Histoire de Nominoë”, *Bulletin Archéologique de l'Association Bretonne*, [vol.] 2, (1850): 46 (31-50).

⁵⁷ Cfr: Caroline Ford, *Creating the nation in provincial France. Religion and political identity in Brittany* (Princeton: Princeton University Press, 1993).

⁵⁷ Jean-Pierre Chiline, *Sociabilité et érudition. Les sociétés savantes en France* (Paris: CDTHS, 1998), 396.

⁵⁸ Stéphane Gerson, “L'État français et le culte malaisé des souvenirs locaux, 1830-1870”, *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, [vol.] 29 (2004): 21 (13-29).

actuación desarrollada por la burguesía bretona decimonónica. Relativamente escasa y poco influyente, nunca se vio atraída en masa por los balbuceos del particularismo identitario. Entre otras razones porque el Estado central apareció ante ella como sinónimo de mercado, de civilización y de oportunidades. Por lo demás, Bretaña exporta una emigración empobrecida que se funde en el conjunto nacional, dificultando toda veleidad separatista. El Estado, por su parte, completa penosa pero exitosamente su labor de construcción nacional. Y el discurso bretonista acaba siendo defendido por sectores restringidos, escasamente dinámicos y progresivamente replegados sobre sí mismos. La historiografía bretonista, más allá de su mirada retrospectiva, no creó una obra política estimulante ni una propuesta reivindicativa seductora. Ni la reivindicación sería de una soberanía nacional, ni el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos: nada que fuese más allá de la defensa de un legado ancestral y la defensa del *statu quo* en el terreno socio-económico. Incluso la definición de la identidad bretona se realizó, tal y como se ha visto en el caso de la historiografía, a partir de valores negativos frente a los valores republicanos. Y la sola actitud de refracción no bastaba para responder al dinamismo centralista. Reflejo de un medio social declinante, los historiadores bretonistas no ofrecieron una obra movilizadora sino simplemente una tarea que, como reza el título de este artículo, fluctuaba entre la ciencia y la magia, entre el archivo y el corazón, entre Leopold von Ranke y el mago Merlín. El resultado fue una visión hipostasiada de la comunidad bretona, que existiría en sí y para sí como realidad sustantiva, al margen de los individuos que la componían, y que estaría dotada de una serie de rasgos identitarios eternos e inamovibles. En cualquier caso y por todo lo dicho, la historiografía bretonista, desatendida por la burguesía más dinámica y privada de acceso a los más poderosos canales de divulgación, acabaría enroscada en los círculos eruditos, atrincherada en el dolor autocomplaciente y en la añoranza de episodios literal y metafóricamente irrepitibles.

Profile

The author has a PhD in History. He had held postdoctoral positions at the University of Nantes (France) and he currently lectures in Contemporary History at the University of Extremadura (Spain). He has been working mainly on the nationalist discourses in contemporary world, topic closely related to his doctoral dissertation, “Discursos e ideologías nacionalistas en la España democrática. Aplicaciones metodológicas”. Author of *La patria imperfecta: idearios regionalistas y nacionalistas en Bretaña, 1789-1945* (Cáceres, Universidad de Extremadura, 2010), he has published contributions and articles in numerous academic journals such as, for instance, “Pyromane ou pompier? L’état espagnol face aux nationalismes”, in Ronan Le Coadic (ed.), *Bretons, indiens, kabyles. Des minorités nationales?* (Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009), pp. 91-108; “El espejo irlandés. Panceltismo y nordismo en el discurso nacionalista de Bretaña”, *Ayer*, 84 (2011), pp. 131-58; and “La memoria escindida. El pasado del nacionalismo bretón, entre la rehabilitación y el repudio”, *Historia del Presente*, 16 (2011), pp. 127-42.

El autor es doctor en Historia. Ha sido investigador posdoctoral en la Université de Nantes (Francia) y actualmente es profesor de Historia contemporánea en la Universidad de Extremadura. Ha trabajado principalmente sobre discursos nacionalistas en el mundo contemporáneo, cuestión directamente relacionada con su tesis (“Discursos e ideologías nacionalistas en la España democrática. Aplicaciones metodológicas”). Autor de *La patria imperfecta: idearios regionalistas y nacionalistas en Bretaña, 1789-1945* (Cáceres, Universidad de Extremadura, 2010), ha publicado diversos capítulos y artículos científicos como por ejemplo: “Pyromane ou pompier? L’état espagnol face aux nationalismes”, en R. Le Coadic, *Bretons, indiens, kabyles. Des minorités nationales?*, (Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009), pp. 91-108; “El espejo irlandés. Panceltismo y nordismo en el discurso nacionalista de Bretaña”, *Ayer*, 84 (2011), pp. 131-158; o “La memoria

Historiografías, 5 (Enero-Junio, 2013): pp.71-93.

escindida. El pasado del nacionalismo bretón, entre la rehabilitación y el repudio”, *Historia del Presente*, 16 (2011), pp. 127-142.

Fecha de recepción: 5 de diciembre de 2012

Fecha de aceptación: 8 de mayo de 2013

Publicado: 15 de junio de 2013

Para citar este artículo: José Antonio Rubio caballero, “Entre Ranke y Merlín. El bretonismo político y su historiografía romántico-positivista”, *Historiografías*, 5 (enero-junio, 2013): pp. 71-93, <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/5/rubio.pdf>